

María de Lourdes Larrea*

PEDAGOGÍA CRÍTICA PARA PROCESOS DE FORMACIÓN EN CIUDADANÍA Y DESARROLLO LOCAL

EN EL PRESENTE TRABAJO, pretendemos realizar un diálogo entre los fundamentos de la formación en ciudadanía y en desarrollo local en Ecuador, dirigida a adultos, y los conceptos de la pedagogía crítica propuesta por Paulo Freire. Consideramos que estas experiencias, especialmente las que se llevan a cabo con organizaciones sociales, indígenas, ciudadanas, de mujeres y de jóvenes, entre otras, pueden ser potenciadas como campos de educación popular liberalizadora, para desarrollar conciencia crítica y desatar procesos de humanización frente a la debacle globalizante.

El deber de luchar contra cualquier discriminación es un imperativo ético de todo educador; de allí que la conciencia sobre y el ejercicio de los derechos de la ciudadanía sean un contenido indispensable en la pedagogía liberalizadora.

A la vez, la formación para la construcción de ciudadanía es un imperativo político, pues es una educación para la praxis liberadora, en la que se construyen los nuevos mundos a partir de la esperanza y con el fin de transformar radicalmente el modelo económico y político actual.

* Investigadora social. Directora de Corporación Mashi. Docente universitaria en programas de posgrado en temas de desarrollo local, ciudadanía, planificación territorial y metodologías de investigación social.

¿POR QUÉ EDUCACIÓN EN CIUDADANÍA?

Esto nos remite a redefinir el concepto de ciudadanía. Como subraya Gadotti (2006b), ciudadanía es esencialmente conciencia de derechos y deberes (civiles, sociales y políticos) y ejercicio de la democracia. Sin embargo, los ciudadanos siempre hemos sido relegados de la acción gubernamental, tanto en el Estado centralista, paternalista, regulador y de Bienestar como en el actual modelo descentralizado.

Frente al concepto tradicional de la ciudadanía como una participación condicionada, ajena a las instancias de poder y por lo tanto despojada de ejercer decisiones que la afectan individual y colectivamente, se yergue un concepto de ciudadanía que implica el empoderamiento¹ del individuo sobre su espacio, su tiempo, su historia y su cultura. El individuo se convierte en un sujeto histórico, activo y protagónico capaz de transformar su realidad personal y su entorno social.

Esta concepción, que hemos denominado *ciudadanía protagónica*, supone un ciudadano con conocimiento de sus derechos y responsabilidades, orientado al ejercicio solidario del poder, poseedor de un nuevo sistema de valores que fortalezca los principios éticos, la solidaridad y sensibilidad frente a la problemática social. Se refiere a ciudadanos y ciudadanas cuestionadores, críticos y propositivos frente al Estado y la sociedad, y por tanto capacitados para demandar del Estado sus derechos y a la vez pedir rendición de cuentas de las acciones gubernamentales. Más aún, consideramos que el ciudadano protagónico es aquel capaz de organizar y estructurar su propio poder individual y colectivo y orientarlo hacia la construcción de un tejido social que supere la descomposición actual. Ciudadanos soberanos, capaces de tomar decisiones independientemente del Estado y de los poderes económicos (Larrea et al., 2005). Este paradigma de ciudadanía protagónica se corresponde con el desarrollo de sujetos sociales que normen sus acciones a partir de una relación solidaria y respetuosa con su espacio y su diversidad, con su tiempo y su cultura.

La ciudadanía es una institución histórica y, en consecuencia, las maneras de percibirla, de entenderla, de practicarla, de legislarla han variado conforme lo han hecho las sociedades a través del tiempo. Por otro lado, es indispensable resaltar que la ampliación de la cobertura de los derechos ciudadanos es producto de los movimientos sociales y políticos y de la lucha de los pueblos por su soberanía, y no dádiva del legislador. En efecto, la historia de nuestros pueblos es una larga y sostenida historia de resistencias y luchas por la conquista y defensa

¹ Usamos el término empoderamiento en el sentido que se le da en la literatura feminista y sobre derechos, con la connotación de *decidir sobre, conocer, desarrollar identidad*. Un debate sobre el sentido del término empoderamiento puede encontrarse en Dueñas et al. (1998).

de nuevos derechos, que ha llevado a la ampliación de la ciudadanía en sentido incluyente y a la incorporación de nuevos derechos económicos y sociales, hasta los ambientales, generacionales, sexuales y colectivos. En última instancia, se trata de la transformación de las relaciones entre el Estado y la sociedad.

Uno de los efectos de la globalización en el campo de lo político es la crisis de los estados-nación, el debilitamiento de su soberanía y la porosidad de sus fronteras. Desde la década del setenta prolifera en el sistema capitalista toda una institucionalidad supranacional con pretensión de gobierno mundial al servicio de las transnacionales y las potencias hegemónicas. Frente a esa globalización perversa, crecientemente se habla de una ciudadanía mundial capaz de defender los derechos individuales y colectivos de los pueblos. Dos desafíos surgen para la construcción de ciudadanía: por un lado, reforzar las identidades y las soberanías nacionales; y, por otro, avanzar en la globalización de las solidaridades y las resistencias, y en la construcción de una integración latinoamericana desde los pueblos.

A diferencia de la ciudadanía en su concepción liberal, la visión solidaria no es opuesta al afianzamiento de la organización social. Por el contrario, un requisito para la construcción de tal ciudadanía es la consolidación de las organizaciones populares locales, a fin de que se conviertan en espacios de toma de decisiones y generadores de opinión.

Especialmente propicios para ello son los nuevos movimientos sociales contemporáneos que, como destaca María da Gloria Goñi, muestran características nuevas, entre las que se encuentran: la defensa de las culturas locales como proceso vinculado a la construcción de un nuevo patrón civilizatorio; la ética en la política, como un elemento del control social sobre la actuación de todos, especialmente de los gobiernos; la superación de la clásica diferencia entre el individuo y lo social mediante reconocimiento de lo personal y de la subjetividad de los actores; y la autonomía de los movimientos sociales en el sentido de la formulación conjunta y creativa de un proyecto político propio y flexible en el que se universalizan las demandas particulares (Rosero y Betancourt, 2002).

Los procesos de formación para la construcción de ciudadanía adquieren así una perspectiva transformadora, en la medida en que se constituyen en lo que Gadotti llama *espacios de vida*, abiertos a la diversidad, respetuosos y valorizadores de las diferencias, constructores de una nueva forma de ver y ser en el mundo (Gadotti, 2006b).

La gestión de la vida pública, y por ende la *planificación* para el desarrollo local, requiere de los protagonistas de ese proceso una visión clara del espacio social, económico, político y cultural en el que se desenvuelve y una definición de hacia dónde dirigir los esfuerzos colectivos. De ahí la necesidad de la educación para el desarrollo local.

DESARROLLO LOCAL EN EL CONTEXTO ECUATORIANO

¿HACIA DÓNDE VA EL DESARROLLO LOCAL?

El derecho al desarrollo sostenible ha sido incluido entre los llamados *derechos humanos de tercera generación* como uno de los derechos humanos fundamentales del siglo XXI. Implica el derecho de todo ser humano y de todos los pueblos a una existencia digna en un medio ambiente sano, lo cual se resume en el derecho a la calidad de la vida y el bienestar.

En Ecuador, un país con índices de pobreza alarmantes, el tema del desarrollo ha sido una constante, pero abordado tradicionalmente en forma paternalista, verticalista y asistencialista. El asistencialismo, con ayuda externa, que se entronizó por décadas en los proyectos hacia los más pobres, generalmente indígenas, sirvió eficazmente a experimentos de hegemonización y contransurgencia, logrando con éxito imponer la cultura del mendigo, romper la organización popular y reemplazarla, en gran parte, por las organizaciones no gubernamentales de ayuda al desarrollo. Ingentes recursos destinados al desarrollo social han servido para el control ideológico, la aculturación, la inmovilidad social y la creación de grupos de poder al interior de las comunidades. La participación de la población no logra aún desembarazarse de la actitud pasiva de beneficiarios, en procesos cuyas prioridades y modelos son impuestos por las entidades financieras.

Elementos como el fracaso de las experiencias de autogestión, el desastre ambiental, la eliminación de los programas sociales estatales, entre otros, llevan en las últimas décadas a problematizar la idea de crecimiento económico y progreso. Las visiones alternativas al aperturismo neoliberal y el mercantilismo de la vida y el ambiente², por sus efectos devastadores, vienen desde los mismos organismos internacionales, pero son apropiadas y radicalizadas en las nuevas agendas de los oprimidos. Cada vez resulta más clara la contradicción intrínseca entre el estilo de producción y consumo, por una parte, y el bienestar de la población y la sobrevivencia del planeta, por otra. Este debate ha arribado a dos consensos básicos. El primero es que el paradigma de desarrollo integral, con equidad social y manejo sustentable de los recursos naturales, es opuesto al modelo de mercado, que busca aumentar la tasa de ganancia del capital sin importar el costo social y ambiental. El segundo

2 El desarrollo a escala humana (Max-Neef); el desarrollo como expansión de las capacidades y los derechos de las gentes (Amartya Sen); el desarrollo sustentable (de la Comisión Brundtland); el desarrollo económicamente redistributivo, socialmente justo, culturalmente respetuoso y políticamente democrático (defendido especialmente en América Latina); el desarrollo autoconcentrado (Samir Amin) y el etnodesarrollo (desde los pueblos originarios) (Muñoz, 2005).

es que en un mundo diverso el desarrollo debe ser diferenciado para cada parcela de la Tierra y cada parcela de la sociedad humana, y que, por lo tanto, no existe una fórmula única de desarrollo.

Las prácticas del desarrollo local presentan tres grandes tendencias. La fundada en el discurso neoliberal considera a las localidades como enclaves para la acumulación global, que de ese modo deben favorecer la inversión externa, compitiendo entre sí en la creación de ventajas en cuanto a flexibilización laboral y fiscal, ausencia de controles ambientales y sociales, apertura a la entrega de recursos y patrimonios genéticos y de biodiversidad a las transnacionales. La corriente neoestructuralista, o neocontractualista, cree en el papel regulador del Estado, especialmente para la mediación capital-trabajo, Estado-sociedad civil y para mejorar las condiciones de vida básicas (educación, salud), brindando un rostro “humano” al capitalismo sin cuestionar el sistema (Muñoz, 2005).

El enfoque del desarrollo local desde los movimientos sociales y el pensamiento crítico ve al desarrollo local como construcción social; cuestiona al orden vigente e impulsa programas de redistribución de la riqueza, de solidaridad social, de democracia participativa y de respeto al ambiente; incorpora las nociones del desarrollo humano sustentable y se nutre con las ricas experiencias de otros pueblos de América Latina. En esta visión, el eje principal son los actores sociales, quienes asumen el reto de levantar agendas de desarrollo local, tejer redes y acumular capacidades de incidencia política para lograr modificar las correlaciones de fuerzas en favor de la equidad social.

Los sectores populares del país y sus representaciones políticas han aprovechado el proceso de descentralización y desconcentración administrativa y la reforma del Estado, desde sus inicios en los años noventa. Diversas zonas del país testimonian la irrupción de gobiernos locales alternativos, protagonizados en muchos casos por autoridades indígenas, que tienen como fundamento la participación ciudadana, la equidad e interculturalidad, y el desarrollo sustentable. Si bien los logros reales de las gestiones alternativas son desiguales, colocaron en su agenda la participación de la ciudadanía en la definición de objetivos del desarrollo, en la identificación de necesidades y prioridades, en la determinación del gasto, y en la identificación de indicadores de desarrollo ligados al bienestar general. Asambleas, mesas, foros, comités y otras instancias participativas se constituyeron en herramientas de negociación y dirección política, rescatadas de mano de los grupos de poder oligárquicos.

REFLEXIONES SOBRE EL SUJETO SOCIAL

Responder a la pregunta sobre el *oprimido* supone la reflexión sobre el sujeto histórico en capacidad de ejercer la praxis liberadora, que sea ca-

paz de conocer y reconocer la necesidad de luchar por ella, sujeto hacia el cual se dirige la acción pedagógica crítica.

A la luz de las modificaciones significativas en el tejido social que en las últimas décadas ha observado la sociedad ecuatoriana, aceleradas por los efectos de las políticas neoliberales, y en función del *desarrollo* que deseamos en una sociedad humanizada, afirmamos la multiplicidad, diversidad y complementariedad de ese sujeto. Las acciones pedagógicas en ciudadanía y desarrollo buscan favorecer en última instancia a los *condenados de la tierra*, que son la mayoría en un país con un 90% de pobreza, sin servicios básicos ni asistencia médica, en el que 7 de cada 10 no tienen trabajo fijo, donde el maltrato a la mujer y el trabajo infantil son pan de cada día, donde la educación pública es una quimera, y donde cada familia tiene al menos un integrante emigrado al exterior, especialmente a España y Estados Unidos.

Conviene mirar más de cerca la heterogeneidad existente entre esos *condenados de la tierra*. En la composición actual de la clase obrera predomina el trabajador semiproletario, informal, flexibilizado, sin experiencia organizativa, apático a la defensa de sus derechos y motivado por el paradigma de la productividad, la eficiencia y la competencia individual. La clase obrera difiere, en su composición, origen, capacidad organizativa y de lucha, de aquella del período preneoliberal, enfrentada como se encuentra a la competencia externa y la desregulación. La industria se ha reducido; se han incrementado los trabajadores de la agroindustria exportadora (semicampesinos no totalmente proletarizados) y el trabajo informal (al subproletariado tradicional se suma una amplia precariedad urbana fruto de despidos masivos, ausencia de empleo seguro para profesionales jóvenes, pluriempleo, semiempleo, teletrabajo, etc.); los sectores medios se han empobrecido. Existe hoy el doble y contradictorio fenómeno de exceso de oferta de trabajo/falta de empleo. Estos sectores fluctúan entre la asimilación y la resistencia. No cuentan con amparo legal, ni seguridad social, ni estabilidad laboral. Se fomenta la autoexplotación, sin capacidad de ahorro. El artesanado, sector pionero de la organización obrera combativa al capital, enfrenta la desigual competencia de mercadería importada barata. El campesinado ha sido duramente golpeado por las políticas de ajuste, la reconcentración de la tierra y el modelo exportador liderado por el capital extranjero.

Históricamente, nuestro pueblo ha experimentado una variada gama de formas de organización que posibilitaron el enfrentamiento contra el sistema oligárquico. Cruento ha sido el combate que ejercieron y, en contrapartida, fueron objeto de la más despiadada represión política y policial. Mas, en la etapa actual de globalización, los sectores explotados del país carecen de fuertes referentes organizativos que

aglutinen el descontento y la lucha popular³. La profundización de un sistema de antivalores basado en el individualismo, el consumismo y la competitividad ha ahondado la crisis de representatividad. Este proceso de desagregación es acelerado por la descomposición de la comunidad rural, la ruptura familiar y el desarraigo cultural por la migración. Las instituciones y escenarios de lucha tradicionales han perdido credibilidad frente a los sectores sociales, generando apatía y dejando a estos sectores a merced del clientelismo populista.

La disgregación y la descomposición de las organizaciones son, entre otras, las causas que determinan la necesidad de recuperar el protagonismo de la población para el logro, defensa y conquista de sus derechos plenos; es decir, para ejercer una praxis liberadora *de sí y del otro*.

La conquista de los derechos ha avanzado, desde el reconocimiento de los derechos básicos a los económicos y sociales, los específicos de género, de jóvenes, niños, etc., hasta los de última generación: ambientales, sexuales, colectivos. Solamente en la Constitución de 1998, hoy vigente, se dejan sin efecto las discriminaciones expresas, al indicar que *todos los ecuatorianos son ciudadanos*. La larga lucha indígena logra el reconocimiento de los derechos a las colectividades indígenas y afroecuatorianas, la pluralidad cultural, el plurilingüismo y la administración de justicia comunitaria. A partir de allí, se inicia la ascendente participación indígena con sus representaciones políticas propias. La Constitución introduce la circunscripción territorial y la justicia indígena, importantes espacios de gestión autónoma cuya aplicación aún no es plenamente lograda.

En los últimos años asistimos a la visibilización de las diversidades. En la década del noventa fue el mundo indígena; en la presente década, la biodiversidad y la sociodiversidad. En la pasada década el movimiento indígena se fortaleció, ganó respeto a sus formas de organización y cultura, y lideró importantes jornadas de defensa de la soberanía. Por su parte, la intensa y extensa lucha ecologista ha dejado a la luz nuestra megadiversidad, pero también la fragilidad de nuestros ecosistemas. Lentamente se visibilizan otras identidades populares: afroecuatorianos, campesinos pobres de la costa, sectores populares urbanos y jóvenes son, entre otros, actores cruciales en las acciones locales, pero no logran aún el rescate de su identidad múltiple, diversa y rica, cultural y socialmente.

En la complejidad social del Ecuador, la cuestión regional ha sido y es un dato significativo. Todos los rincones del territorio nacional están

3 Puede considerarse una excepción la organización indígena, que ha logrado concentrar la iniciativa y la lucha de manera que las reivindicaciones étnicas sustituyen a las campesinas como palancas organizativas y movilizadoras.

hoy incorporados, a ritmos desiguales, a la lógica del mercado globalizado, al tiempo que persisten formas tradicionales de producción, circuitos autónomos y percepciones diferentes sobre la modernización. Se hace necesario rescatar una visión integral, a la par que destacar el aporte que todos los grupos realizan a la historia del país y su identidad.

LA FORMACIÓN EN DESARROLLO LOCAL

Ante el desafío de responder en el nuevo campo de acción –el desarrollo local–, sea desde sus comunidades, barrios, organizaciones, o desde la función de gobierno, se crean en los últimos años numerosos y amplios espacios de debate, de unión de esfuerzos, de construcción colectiva de conocimientos, de sinergias entre organizaciones sociales, gobiernos locales alternativos y sus aliados desde organizaciones no gubernamentales y el sector académico. De ellas surgieron *ofertas de capacitación formal e informal*, unas localizadas en instituciones académicas, otras próximas a los propios espacios de acción, tanto del ámbito nacional, regional o local⁴.

Dicha demanda exige a la academia repensar sus contenidos, construir alianzas sociales y abrirse –quien más, quien menos– al tramado conjunto de mallas. Se multiplican las experiencias de interculturalidad, los intentos de conectividad con la realidad local en contenidos, investigaciones y tesis; se debaten mecanismos para ampliación de democratización de los espacios locales y promoción de un desarrollo integral; se promueve la construcción de visiones desde la historia y la territorialidad. Constituyen temas centrales el desarrollo, la democracia participativa, los derechos, la equidad (de género, generacional, étnica y cultural, territorial y social), la sustentabilidad y la sostenibilidad de los procesos.

Múltiples han sido, también, las experiencias con organizaciones populares centradas en temas de liderazgos y actorías sociales en proyectos autogestionarios: productivos, culturales, de mujeres, de jóvenes y de campesinos, entre otros.

Las propuestas pedagógicas, en todos los casos mencionados, son problematizadoras y participativas, y se ubican como formas de praxis crítica. Esta práctica pedagógica ha permitido el descubrimiento de las características de la globalización actual (mundialización de la economía, revolución informática, nuevo mapa del mundo, guerra permanente, estandarización cultural) a partir de sus propias realidades individuales y grupales, de cómo incide en la situación de Ecuador y

4 Es el caso del Programa Fortalecimiento de Capacidades Locales en Ciudadanía Protagónica y Solidaria 2006, impulsado por un convenio interinstitucional (Mashi-Terranueva-Ecociencia), que se ejecuta en la Escuela Politécnica del Chimborazo.

de las implicaciones para el desarrollo local. Su principal logro consiste en el reconocimiento de los derechos de los sectores oprimidos, la comprensión del mundo y su desmitificación para transformarlo, el despertar de la plena conectividad con la realidad teniendo como eje al ser oprimido, y el compromiso político e ideológico de cambiar esa situación de opresión.

La formación en ciudadanía y desarrollo local se justifica no solamente por imperativos éticos y políticos, sino también por la necesidad de aportar al fortalecimiento de la organización de los sectores oprimidos y propiciar su vinculación efectiva a la gestión del desarrollo.

Su objetivo central es la construcción de sujetos políticos que creen y ejerzan sus formas de poder contrahegemónico, que tengan control sobre la gestión del desarrollo, que impongan sus prioridades en función de intereses colectivos y de equidad social. Estos procesos deben ser incluyentes y generar una cultura democrática, de transparencia y diálogo.

En la pedagogía del oprimido, como pedagogía humanista y liberadora, lo central es el momento “en el cual los oprimidos van descubriendo el mundo de la opresión y se van comprometiendo, en la praxis, con su transformación” (Freire, 1994). Las tareas de formación en ciudadanía, “una vez transformada la realidad opresora”, se apoyarán en una pedagogía que “deja de ser del oprimido y pasa a ser la pedagogía de los hombres en proceso de permanente liberación” (Freire, 1994).

Sólo cuando los oprimidos descubren nítidamente al opresor y se comprometen en la lucha organizada por su liberación, comienzan a creer en sí mismos, superando así su complicidad con el régimen opresor. Este descubrimiento, sin embargo, no puede ser hecho a un nivel meramente intelectual, sino que debe estar asociado a un intento serio de reflexión, a fin de que sea praxis. El diálogo crítico y liberador, dado que supone la acción, debe llevarse a cabo con los oprimidos, cualquiera sea el grado en que se encuentre la lucha por su liberación (Freire, 1994).

REPENSANDO EL DESARROLLO LOCAL

La planificación y la gestión del desarrollo implican, de un lado, la acción concertada sobre un espacio colectivo, así como retomar el papel regulador del Estado en pos de un proyecto de desarrollo acorde con una visión de futuro. De ahí que lo fundamental sea el esclarecimiento de los objetivos y propuestas estratégicos, que se relacionan con la noción de desarrollo que se adopte, es decir, con *el futuro que queremos* y con *el espacio que queremos*, visión que informará todo el camino posterior. La utopía está permanentemente presente en la construcción del desarrollo, a través del rescate del discurso de la esperanza y de la propia esperanza.

El gran reto actual consiste en propugnar ese desarrollo en el marco de la globalización, de la escasez de recursos, de un modelo económico excluyente e inequitativo que ha tenido desastrosas consecuencias para los recursos naturales, y del creciente traspaso de competencias a los gobiernos locales.

La planificación del desarrollo local con *inclusión social* parte de la constatación de que las propuestas de desarrollo local, para ser exitosas en la construcción de la equidad, deben plantear un enfoque integral e incluyente correspondiente a la complejidad y diversidad social: de género, étnica, generacional, cultural. Del reconocimiento de las múltiples identidades propias, es indispensable pasar al abordaje crítico de las dimensiones de la inequidad, que se manifiestan, por ejemplo, en el acceso y control de los recursos. La planificación con inclusión social supone también considerar las potencialidades que para la equidad tienen la cultura, las construcciones sociales y las respuestas comunitarias.

La potencialidad de la *planificación territorial* es aportar un abordaje integral de la formación socioespacial, considerando las relaciones sociales y naturales que han conformado el territorio en la interacción sociedad/espacio (Larrea, 2006). La identidad territorial se enriquece por la identificación del espacio local como producto histórico cultural de relaciones socioespaciales y la reflexión sobre los espacios de globalización y sus expresiones de desterritorialización, sociedad en red, los no-lugares. Las experiencias cotidianas son prácticas propicias para la re-construcción colectiva de la historia de la conformación del espacio ecuatoriano, el territorio y el Estado nacional, saberes necesarios para el ejercicio de ciudadanía. El enfoque creativo se dirige hacia la identificación de los lugares de la esperanza, la potencialidad de la territorialidad cultural, para culminar en la construcción mental del lugar/país/mundo alternativos por y para los seres humanos a partir de los lugares y de la diversidad, sueño del espacio futuro (Larrea, 2005).

En el campo de la gestión local sustentable de los recursos naturales, se trata de reconocer la mega biodiversidad de nuestro país y la responsabilidad de los actores locales en la conservación de ecosistemas frágiles, recuperar las propuestas alternativas y participativas de manejo sustentable y protección de la biodiversidad, especialmente el manejo comunitario e integrado, así como el establecimiento de control de impactos ambientales desde los gobiernos locales.

La recuperación de la cultura, de la historia, de la identidad de nuestros pueblos, de los conocimientos sistematizados o no, permite el conocimiento del mundo y sentar las bases para la construcción del saber alternativo a la ciencia del opresor. En términos freireanos, diríamos que se trata de la construcción de la *epistemología del oprimido*.

Aportes significativos a tal construcción son la problematización sobre la resistencia de los pueblos, sus propuestas culturales y productivas, sus conocimientos ancestrales, sus formas organizativas, su visión de Futuro. Se trata entonces de lograr una mirada “que corresponda a la condición de los hombres como seres históricos y a su historicidad [...] para quienes el mirar hacia atrás no debe ser una forma nostálgica de querer volver sino una mejor manera de conocer lo que está siendo, para construir mejor el futuro” (Freire, 1994).

Por otro lado, la preocupación por rescatar la *culturalidad* constituye un elemento propicio para la producción de un discurso centrado en la esperanza, con alternativas de autonomía vinculadas con lo cotidiano. Los espacios locales, la comunidad, el barrio, la ciudad son los lugares desde los cuales los pueblos pueden crear su propia historia y su poder. Es en este cotidiano donde se generan y se defienden la cultura popular, la cultura de los grupos, de los pobres, los nuevos territorios y modelos económicos, en resumen, los nuevos mundos. Nunca antes se había visto en las ciudades medianas y grandes tanta diversidad de personas con tan distintos orígenes (geográficos, étnicos, religiosos, de lenguas, formaciones...), ampliándose así las posibilidades de enriquecer nuestra visión del mundo y aprender en el reconocimiento y respeto del otro a interrelacionarnos de una nueva forma, creando bases para construir nuestro propio y específico modo de vida local, en el que cada grupo tenga su propio espacio, sea importante, apreciado, protagonista y se empodere de su realidad. Estos antecedentes indican que es posible la revalorización de la vida colectiva solidaria por y para los ciudadanos. Es en las localidades urbanas y rurales donde los pobres desarrollan su producción, la misma que no está inserta ni sometida en los circuitos de las transnacionales. Es aquí donde se han creado redes solidarias, espacios democráticos, mecanismos de defensa de la producción local y formas creativas de distribución de bienes y servicios. Son los espacios propicios para las distintas formas de economía solidaria.

Los procesos de desarrollo han de tener en cuenta que las comunidades están hechas de personas poseedoras de características individuales únicas. La intervención sobre la *subjetividad* resulta fundamental para implementar proyectos de desarrollo, pues estos requieren el compromiso de la mayoría de las voluntades individuales para lograr objetivos comunitarios. La subjetividad es una construcción histórico-cultural; el modo en que la persona interactúa con su entorno se halla determinado por los valores generados al interior del modelo social dominante.

La preocupación por el desarrollo de la subjetividad democrática, del fortalecimiento de la identidad individual y colectiva, de la transformación en sujetos activos y protagonistas de su historia, es un intento por romper con la apatía y el miedo; vale decir, es educar el miedo e ir más allá

de la indignación, de la rabia, y aprovecharlas en favor de humanizarnos. En la identificación y problematización de los antivalores de la globalización neoliberal, se trata de reconocer lo que Freire llamó *postura de adherencia al opresor* y los comportamientos prescritos, formados sobre la base de las pautas de los opresores. Es el primer paso. La construcción colectiva de una escala de valores de la subjetividad solidaria, respetuosa de las diferencias, del medio ambiente y de la sociodiversidad, con conciencia de equidad, es el resultado esperado de este proceso.

El enfoque también apunta a la problematización del papel supeditado de los beneficiarios y a propiciar la autonomía a partir de la construcción de contrapoderes. Las nuevas formas de gestionar el desarrollo local aluden a una participación efectiva de todos los ciudadanos y ciudadanas en el proceso de toma de decisiones en las diversas etapas del desarrollo. A tal efecto, estos actores requieren mostrar capacidades de liderazgo eficaz, surgidas de una identidad con su entorno, su historia y su cultura.

Se trata de despertar la inquietud sobre las posibilidades de utilizar los avances de la globalización para darle un rumbo social acorde con el desarrollo local y encontrar el camino hacia una globalización incluyente y solidaria. Se trata de identificar las implicaciones de los proyectos creados con mirada hacia afuera, es decir, basados en la exportación. Para sensibilizar y generar propuestas de economía solidaria, el enfoque consiste en la reflexión sobre los límites de la economía de mercado y sus impactos: exclusión, inequidad, desastre ecológico; y abrir líneas de formulación de formas económicas alternativas locales/regionales; repasar experiencias concretas, especialmente de formas comunitarias no mercantiles, en la economía andina; y rescatar experiencias solidarias latinoamericanas.

DESAFÍOS PARA LA PRAXIS PEDAGÓGICA

Las experiencias de formación de actores sociales en ciudadanía y desarrollo local privilegian estrategias participativas, activas, con aprendizajes basados en las experiencias, intereses y necesidades de los participantes. Es abundante el uso de dinámicas vivenciales, estudios de casos, trabajo de campo y proyectos de investigación-acción participativa. En tal sentido, se trata de prácticas problematizadoras por cuanto los participantes “van desarrollando su poder de captación y de comprensión del mundo que, en sus relaciones con él, no se les presenta como una realidad estática sino como una realidad en transformación, en proceso” (Freire, 1994).

Al mismo tiempo, estos procesos formativos con adultos –principalmente los que tienen contenidos técnicos y especializados– constituyen un desafío particular para el desarrollo de la pedagogía de la

autonomía basado en la *curiosidad epistemológica* y la esperanza, en contraposición con las prácticas bancarias. Sólo en la medida en que se problematice la forma de enseñar, cobrarán sentido los contenidos de dichos programas, tales como: equidad social, identidad, democracia, construcción de ciudadanía, desarrollo, defensa de los derechos sociales y económicos, entre otros.

Se deben identificar y combatir las manifestaciones de la pedagogía bancaria, hegemónica, en la formación de educadores y educandos, y las posibles posiciones dogmáticas, reconociendo que “enseñar no es transmitir conocimiento” (Freire, 1997).

El reto mayor lo constituye la necesidad de construcción de un paradigma alternativo a las ciencias basadas en el positivismo. En términos de Freire, el desafío es construir la ciencia y la epistemología del oprimido. Freire considera que sólo desde el punto de vista del oprimido puede realizarse un acercamiento para conocer el mundo, pues parte de la certeza de que el oprimido lee el mundo de forma más totalizante. De allí que su cultura es superior, porque está libre para ser, incluso para liberar también al opresor y constituirse en el hombre y la mujer nuevos.

Gadotti señala, como uno de los principios originarios de la educación popular, la creación de una nueva epistemología basada en el profundo respeto por el sentido común que traen los sectores populares en su práctica cotidiana, y describe el proceso que pasa por la problematización de dicho sentido común para descubrir la teoría presente en dicha práctica, para llegar a un raciocinio más riguroso, científico y unitario (Gadotti, 2006a).

El empoderamiento del ciudadano involucra todos los aspectos de la vida del ser humano. Este empoderamiento resulta del saber, de un saber que se reflexiona, se transforma, se apropia, se completa y hasta se supera para finalmente crear nuevo saber. El verdadero poder se ejerce cuando somos capaces de intervenir y transformar la realidad.

Para incorporar la visión del oprimido sobre los problemas de la destrucción ambiental, la defensa de la cultura, la construcción de economías solidarias, la participación ciudadana, los alcances y propuestas en torno a las nuevas tecnologías y la discusión sobre los procesos de desarrollo (léase, búsqueda de bienestar humanizado, solidario, no privatizado), entre otros, el abordaje necesariamente debe combinar una visión desde el oprimido –lo transversal– y un acercamiento transdisciplinario.

En esta relación, la visión del mundo que trae cada participante desde su experiencia cultural, educativa, social, política, religiosa, etc., y desde su múltiple identidad generacional, de género, étnica y social, enriquece el debate sobre las distintas características del desarrollo y del papel de los sujetos ciudadanos-protagonistas de ese desarrollo, como múltiples fases de un prisma.

Finalmente, consideramos que las experiencias pedagógicas en ciudadanías para el desarrollo local constituyen un campo prometedor para la creación de contextos educativos que favorezcan la integración creativa y cooperativa de diferentes sujetos, así como la relación entre sus contextos sociales y culturales, características que señala Fleuri como propias de la educación intercultural, exigencia primera del currículo intertranscultural (Fleuri citado en Padilha, 2003).

En esas propuestas se abren contextos de diálogo sobre nuestra cultura, nuestros sueños, nuestros orígenes y sobre las visiones del mundo y las formas de planificar conscientemente el futuro. Desde la pedagogía dialógica, es posible planificar juntos lo que será estudiado y los criterios de evaluación. De allí, según Padilha (2003), es posible pensar incluso en formas abiertas, más complejas, de organizar el currículo, como por ejemplo una organización transdisciplinaria, conformada al mismo tiempo *entre* las disciplinas, *a través* de las disciplinas y *más allá* de cualquier disciplina, procurando la unidad del conocimiento.

BIBLIOGRAFÍA

- Dueñas, Soledad; Gangotena, Carmen y Garcés, Mónica 1998 *Mujeres, poder e identidad* (Quito: Abya Yala).
- Freire, Paulo 1994 *Pedagogía del oprimido* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Freire, Paulo 1997 *Pedagogía de la autonomía. Saberes necesarios para la práctica educativa* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Gadotti, Moacir 2006a "Educação popular na América Latina: aspectos históricos e perspectivas", mimeo.
- Gadotti, Moacir 2006b "Pedagogías participativas e qualidade social da educação", Seminario Internacional Gestão Democrática da Educação e Pedagogias Participativas, Brasília, 24-28 de abril.
- Ilaquiche Licta, Raúl 2001 "Ciudadanía y pueblos indígenas" en *Boletín ICCI-Rimay*, Año III, N° 22.
- Larrea, María de Lourdes 2005 "Reflexiones sobre espacio y sociedad local" en Egúez, Eduardo (ed.) *Buscando caminos para el desarrollo local* (Quito: Mashi).
- Larrea, María de Lourdes 2006 *Una aproximación a la planificación territorial* (Quito: IEE-Camaren) en prensa.

- Larrea, María de Lourdes; Larrea, Sissy y Leiva, Pilar 2005 “Construcción de ciudadanías en espacios locales” en Egüez, Eduardo (ed.) *Buscando caminos para el desarrollo local* (Quito: Mashi).
- Muñoz, Juan Pablo 2005 “Desarrollo y democracia local: contexto, tendencias y desafíos” en Egüez, Eduardo (ed.) *Buscando caminos para el desarrollo local* (Quito: Mashi).
- Padilha, Paulo Roberto 2003 “Currículo intertranscultural: por uma educação curiosa, prazerosa e aprendente”, Tesis de Doctorado, USP, San Pablo.
- Rosero, Fernando y Betancourt, Sebastián 2002 *Líderes sociales en el Siglo XXI* (Quito: Abya-Yala).

